

AGUSTIN MILLARES CARLO (†)

I. DE BIBLIOGRAFIA CANARIA
II. ALGUNAS NOTAS SOBRE
LOS ESTUDIOS PALEOGRAFICOS



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACION A DISTANCIA
Centro Regional de Las Palmas de Gran Canaria

BIG
860-5
MIL
de

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
Facultad de Ciencias de la Información
Departamento de Documentación
SEMINARIO «MILLARES CARLO»

MADRID 1981

AGUSTIN MILLARES CARLO (†)

I. DE BIBLIOGRAFIA CANARIA
II. ALGUNAS NOTAS SOBRE
LOS ESTUDIOS PALEOGRAFICOS



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACION A DISTANCIA
Centro Regional de Las Palmas de Gran Canaria

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
Facultad de Ciencias de la Información
Departamento de Documentación
SEMINARIO «MILLARES CARLO»

MADRID 1981



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
Nº Documento.....*210508*.....
Nº Copia.....*376484*.....



DON AGUSTÍN MILLARES CARLO
(Las Palmas, 10-8-1893 — † 8-2-1980)

Prefacio

En setiembre de 1975 se dedicaba a don Agustín Millares Carlo un sentido y discreto Homenaje que, promovido por la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, contó con la colaboración de todas las Instituciones culturales de las Islas y con la presencia de un nutrido grupo de representantes de las letras hispanas.

En aquellos días, don Agustín pronunció sendos discursos, prólogo y epílogo del Homenaje, discursos que, escritos de su puño y letra, como solía en circunstancias semejantes, conservé con particular cariño.

Hoy, precisamente, al cumplirse el primer aniversario de su llorada ausencia, ha parecido oportuno a los miembros del ya constituido Seminario Millares Carlo, darles a luz en su integridad y en la forma en que fueron redactados por nuestro querido maestro.

Que estos entrañables y eruditos textos sean un testimonio del recuerdo imborrable que la incomparable figura humana e intelectual del Dr. Millares dejó en todos y en cada uno de nosotros.

FÉLIX SAGREDO

Las Palmas y Madrid, 8 de febrero de 1981.

I

Señoras y señores:

Imagino y deseo que todos ustedes habrán tenido la ocasión de hojear el precioso programa en el que los organizadores de estos actos de amistad para con mi persona, especifican la secuencia de los mismos, y se harán cargo de cuál será la situación de mi espíritu en estos momentos, en que me solicitan encontrados sentimientos que se escalonan entre la noción de la insignificancia de mis merecimientos, si alguno poseo, y la magnitud del premio que recibo por las actividades que hoy se inician.

Todo esto, no obsta, empero, para que me atreva a decir, modificando un tanto el verso del poeta latino, «cupio laudari ab laudatis viris», como expresión de verme alabado por varones, que ellos sí merecen alabanzas, por su actuación en la vida y por sus obras, como ciertamente se han hecho acreedores a ellas los queridos amigos que han visto ustedes de qué modo me han abrumado con la expresión de su afecto.

Quiero testimoniarles el sentimiento de mi gratitud, y hacerlo extensivo desde ahora a don Lorenzo Olarte Cullen, Presidente del Consejo Directivo de la Casa Insular de Ahorros de Gran Canaria; a don Juan Marrero Portugués, Director de la misma benemérita entidad e iniciador generoso de esta serie de actos; a don Sebastián Doreste Abreu, Subdirector del mismo organismo; a don Germán Luzardo, que dirige acertadamente las actividades culturales de la Caja de Ahorros y a los profesores don José López Yepes y don Félix Sagredo, de las Universidades de Madrid y Valladolid, respectivamente, quienes con la colaboración eficaz de don Juan Antonio Martínez de la Fe, han hecho realidad, con diligencia que nunca agradeceré bastante, y en un espacio de tiempo increíblemente corto, la reunión, coordinación, unificación y edición de los trabajos que integran dos volúmenes notabilísimos, así por la calidad de sus autores, como por la sobriedad de su presentación.

En la persona de su Presidente, el ilustre autor de la *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, don José Simón Díaz, saludo a los integrantes del Comité organizador del presente Homenaje, y todavía me permitirán ustedes que aluda a la conmovedora circunstancia de que la hoy Universidad Complutense haya querido honrar a quien participó ya hace años en sus tareas, con el envío a Las Palmas de una representación de su Claustro de Filosofía y Letras.

Nos ha reunido aquí esta tarde la inauguración de una exposición de las obras que me ha sido dado publicar a lo largo de muchos años y en diversos lugares, exposición que ha podido realizarse gracias a la diligencia del Presidente de esta Casa, don José Miguel Alzola, secundado por la Directora de su Biblioteca, señorita Aurina Rodríguez, por la señora María del Carmen Burgos, encargada de su sección de manuscritos, y por los señores don Manuel Hernández Suárez y José Naranjo; y la presentación de dos libros: la segunda edición de la *Biobibliografía de Escritores Canarios de los siglos XVI al XVIII*, y el estudio que hice recientemente de los libros XV y XVI que posee la Biblioteca de este Museo Canario en sus diversas secciones ¹.

Salió al público el primero de estos trabajos en 1932, premiado por la Biblioteca Nacional de Madrid en uno de los concursos que periódicamente convocaba. Me hago la ilusión, que por favor no se tome a vanidad, de haber llamado la atención hacia un tema que hasta entonces sólo había sido objeto de un diminuto, aunque muy meritorio capítulo, de Viera y Clavijo, en sus *Noticias* (capítulo un tanto aumentado por Millares Torres en su *Historia General*), y los frustrados intentos de Pereira Pacheco, de don Alejandro de Ara, y de Alvarez Rico, que sepamos, en el siglo XVIII y en el pasado.

Acaso aquel modesto ensayo sirvió de estímulo y de punto de partida a los trabajos que pronto empezarán a ver la luz en forma de monografías, reseñas y notas, muchos de positivo interés, en los cuales se me iban señalando lagunas, omisiones, errores y deficiencias de información, propias de una obra, que si bien emprendida con entusiasmo y contando fundamentalmente con los riquísimos fondos manuscritos e impresos de este Museo, de las bibliotecas universitarias y de la Sociedad Económica de La Laguna y Las Palmas, de la Municipal de Santa Cruz de Tenerife, de la Nacional de Madrid, y de algunas particulares de gran importancia, excedía por su mismo volumen del esfuerzo de una sola persona.

Tales observaciones me sirvieron de acicate para completar mi labor y publicar en su día nueva versión de mis afanes.

¹ La *Biobibliografía* va ahora por su tomo IV. En vida de D. Agustín se publicaron los tomos II y III. El IV será presentado en breve.

En 1933, me honró el Museo Canario con la dirección de su Revista, que desempeñé entre ese año y el de 1936, y en ella comencé a insertar correcciones y adiciones a la *Biobibliografía*, gracias sobre todo a la constante y ejemplar ayuda de tres personas, cuyos nombres no puedo evocar sino con la más profunda y sincera emoción: Don José Feo y Ramón, insigne historiador de la Catedral de Las Palmas, de la que fue canónigo lectoral; don José Marrero, magistral del Cabildo Canario y sabio atesorador de peregrinas noticias que me comunicó incesantemente, y don Eduardo Benítez Inglott, exuberante, caudaloso y entrañable maestro y amigo.

Ausente de España, no olvidé esta obra, pues logré llevar conmigo muchos de los materiales acumulados con miras a su reedición.

Más tarde vino mi amistad con Manuel Hernández Suárez y con Antonio Vizcaya, cuyo elogio no voy a hacer aquí, porque bastará decir que ellos y mi sobrino, el poeta Agustín Millares Sall, con dedicación constante de muchos años, han hecho posible que aquel ensayo de 1932, que sólo constaba de un tomo, salga ahora de nuevo al público en cinco volúmenes de apretada lectura.

Es evidente que ni esos tres queridos amigos ni yo nos hacemos la ilusión de haber agotado la materia, pues con todo y tratarse de una pequeña parcela representativa de la producción en todos los órdenes de dos provincias de nuestra Patria, bien sabido es que en punto a bibliografía, quizás más que en otras disciplinas, no hay obra definitiva y absolutamente completa, sino, en expresión de Menéndez y Pelayo, dispuesta a envejecer desde el día mismo de su aparición.

Procuraremos ellos y yo seguir en la brecha, para recoger cuanto llegue a nuestra noticia, y registrarlos por vía de apéndices o complementos.

La elaboración de la segunda obra la propuse al Museo Canario y se llevó a feliz término con la ayuda del Cabildo Insular, como una contribución al Catálogo colectivo de los libros del siglo XVI que en los días que corren se está compilando por funcionarios de la Biblioteca Nacional de Madrid.

En años pasados se dio cima a una labor semejante en relación con la producción incunabla conservada en los repertorios españoles, y ahora le ha tocado el turno a la centuria decimosexta.

Creemos que nuestro Museo, con esos volúmenes descritos en la obra a que me estoy refiriendo, no hará mal papel con sus raros ejemplares latinos y varios en lengua griega, de gran belleza tipográfica, junto a los que celosamente custodian las más de las bibliotecas de la Península.

Quienes se tomen el trabajo de hojear esta aportación mía, se darán cuenta de que en él, al igual que en la *Biobibliografía*, he procurado aplicar los principios de la bibliografía analítica, que se acerca mucho al ideal de lo que debe ser una tarea de esta índole.

Menéndez Pelayo, en algunas de sus obras, mostró su preferencia por las bibliografías redactadas en esta forma, es decir, por los repertorios que no limitándose a la simple expresión de sus datos externos, penetran en las interioridades del libro, ofrecen al lector extractos de sus pasajes más importantes, consignan noticias curiosas u originales, datos y documentos sobre sus autores, editores, etc.

Así la practicó en larga escala uno de los grandes maestros de la bibliografía española, don Bartolomé José Gallardo, en su precioso *Ensayo*, y tal es la característica de la magnífica serie de publicaciones de don Cristóbal Pérez Pastor acerca de la imprenta en diversos lugares de España (Madrid, Toledo, Medina del Campo), en las cuales las descripciones bibliográficas, hechas con rigor técnico insuperable, alternan con extractos, a veces amplísimos, de las piezas más raras, con noticias de otras ediciones o con documentación inédita relativa a los autores estudiados...

Algo análogo, dentro de las limitaciones de mis posibilidades, he procurado hacer en este estudio.

De seguro que él no carecerá de descuidos y de errores (apenas de erratas, a las que nuestros tipógrafos de los siglos XVI y XVII llamaban «mentiras»).

A este propósito quiero traer a colación las siguientes palabras de fray Pedro de la Vega, uno de los traductores de las *Décadas de Tito Livio*, antes citado por Juan Rodríguez Doreste, en su elocuente discurso: «Porque —escribe el sabio monje jerónimo— si es tanta la imperfección humana que en el habla de una hora por más estudiado que sea, no podemos carecer de algunas faltas, ¿pues cuánto es más razón que se disimulen los vicios a donde hay tanta diversidad de sentencias, prolijidad de materias y oscuridad de vocablos?»

Queridos amigos: Sirvanme estos conceptos para disculpar las deficiencias que puedan notarse en estos libros, que hoy, no sin temor, entregamos a la benévola consideración de ustedes.

II

Excelentísimos e ilustrísimos señores. Señoras y señores. Queridos amigos:

Las palabras pierden su eficacia, cuando hay que servirse de ellas para expresar emociones como las que yo experimento en estos instantes.

Hace unos días, al iniciarse esta semana inolvidable, hubo ocasiones de escuchar lo que de mí dijeron, en fuerza de la amistad que me profesan, don José Miguel Alzola y don Juan Rodríguez Doreste. Hoy me veo de nuevo abrumado por los conceptos tan elogiosos cuanto inmerecidos que acaban de pronunciar otras dos personas no menos amigas, don Lorenzo Olarte Cullen, Presidente de la Mancomunidad de la Provincia de Las Palmas, y del Consejo directivo de la Caja Insular de Ahorros, y don José Simón Díaz, catedrático de Bibliografía de la Universidad Complutense. Don Lorenzo Olarte Cullen, quien, organizado el plan cultural, concebido por él, y sometido a la consideración de entidades, organismos y particulares, lo encomendó a mis débiles fuerzas.

Don José Simón Díaz es, a la par que otro profesor ilustre, hoy jubilado, pero por fortuna en la plenitud de sus actividades —don Pedro Sáinz Rodríguez— figura conspicua entre los cultivadores de las disciplinas bibliográficas. Su monumental *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, en curso de publicación, es una obra de todo punto admirable, recibida con unánime aplauso por la crítica, y de indispensable consulta para los estudiosos de las literaturas peninsulares e hispanoamericanas.

Adiciones en la *Revista de Literatura*, para recogerlas en futuras ediciones que Dios le deje publicar y publicará, pues es hombre de incansable actividad y de admirable espíritu de trabajo. Y eso que paso por alto otras actividades: la publicación de índices en revistas, en extractos literarios de 24 periódicos madrileños cuyo tomo III está

para salir, y su labor ejemplar al frente del Instituto de Estudios Madrileños.

¿Y qué decir de la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, de su director don Juan Marrero Portugués, generoso iniciador de los actos que hoy culminan, del Subdirector don Sebastián Doreste Abreu y del grupo de colaboradores que en la entidad citada, llevan adelante, con beneplácito general, sus actividades en el campo de la cultura y de la investigación, grupo en el que figuran don Germán Luzardo, don Antonio Santana y don J. A. Martínez de la Fe, quienes han contado con la eficacísima colaboración de los profesores Sagredo y López Yepes para la tarea ingente a la cual voy luego a referirme brevemente. Y no es sólo esto, sino que la Caja de Ahorros de Gran Canaria, atenta a detalles que perspicazmente adivinaba habían de colmarme de gozo, ha invitado a nuestras islas a un grupo de profesores universitarios —al prenombrado don José Simón Díaz, don Tomás Marín, don Manuel Lucas Alvarez, don José Fradejas Lebrero y al padre Quintín Aldea, con la representación este último de mi compañero de estudios e ilustre colega don Claudio Sánchez Albornoz, quien pese a los años de separación material transcurrida, no ha olvidado los días que para nosotros de deslizaron felices en las aulas del viejo caserón de la madrileñísima calle de San Bernardo. A este grupo se ha sumado una de mis más brillantes alumnas: doña Carmen Pescador, actual directora del Archivo de la Administración del Estado.

Todos ustedes saben que este homenaje ha conestado fundamentalmente de tres partes: el acto arriba aludido, que tuvo por escenario el Museo Canario, cuatro conferencias a cargo de los catedráticos don Sebastián de la Nuez Caballero, don Antonio Betancourt, don Antonio Rumeu de Armas y don Francisco Morales Padrón, los dos primeros de la Universidad de La Laguna, y los dos últimos de la Complutense y de la de Sevilla, respectivamente.

El recuerdo de estas disertaciones, que por fortuna van a ser recogidas en un volumen, no se borrará fácilmente de la memoria de quienes tuvieron la dicha de escucharlas, por la brillantez de la exposición, la hábil utilización de los recursos históricos y literarios y el interés apasionante de los temas.

En la tercera parte, que es el acto de hoy, la Caja de Ahorros de Gran Canaria me hace entrega de los dos volúmenes, que con el título de Homenaje a mi persona, contiene los trabajos que sobre Paleografía y Diplomática, Historiografía, Archivos y Bibliotecas, Historia Medieval, Estudios Locales (Madríc y Canarias), Historia de América, Filología y Literatura, han elaborado amigos y antiguos discípulos.

Conocido es, por haberse publicado en un folleto especial, el ín-

dice de sus dos tomos, y quienes lo hayan examinado, fácilmente se habrán dado cuenta de la calidad de sus autores y de la importancia e interés de todos los trabajos sin excepción. La misma reserva en que los promotores de su publicación han mantenido esta obra, aunque sólo me ha permitido hojearla, esto ha sido suficiente para formarme una idea clara de la importancia de este conjunto impresionante de monografías, idea refrendada por la lectura de las separatas de algunas de aquellas que sus autores han tenido la bondad de enviarme.

Con razón se ha calificado por uno de sus editores esta publicación, como una de las obras más importantes que han publicado en los últimos tiempos las Cajas de Ahorros Confederadas, y por mi parte confieso sinceramente la emoción que experimento ante la perspectiva de que mi oscuro nombre sea recordado por la posterioridad, gracias a la circunstancia de ir unido en estos dos volúmenes a los muy prestigiosos de tantos investigadores que con sus espléndidas aportaciones, han construido, para decirlo con una consabida expresión del venusino, un monumento «aere peremnius», más duradero que el bronce.

Aquí en rigor debería terminar estas mal hilvanadas razones; pero aun a riesgo de que alguien me dé en rostro con aquello de Cicerón, de que la ancianidad es por naturaleza algo charlatana («senectus est natura loquacior»), quiero hacer unas cuantas consideraciones finales y confesarme un poco con ustedes...

Aunque al examinar la obra propia se incurre en el peligro de ser a un tiempo juez y parte, creo que no me equivoco al reducir a sus verdaderas proporciones la significación e importancia de la que me ha sido dado realizar. No desde luego, y este creo que es el caso de muchas personas, la que en mi juventud acaricié la idea de llevar a buen término, proyectos ambiciosos que las realidades de la existencia se han encargado de reducir y amenguar con sus imposiciones; y esto, a pesar de una vocación decidida y tenaz, de un esfuerzo cotidiano de muchas horas con el afán de dar cima, ya que no a construcciones originales, que para tanto nunca me creí capacitado, sí al menos a otra útil, que a condición de descansar sobre sólidos cimientos, podría servir de base y fundamento para trabajos ajenos. Dios ha querido que en esto no me equivocase, y para mí, lo confieso, tal circunstancia es motivo de íntima satisfacción.

De todas las disciplinas a que más arriba aludía, la que desde muy joven me atrajo es la Paleografía. No teman ustedes que me ponga ahora a disertar sobre la definición y contenido de esta ciencia, porque ambos conceptos pasan en la actualidad por una crisis, por un período de tanteos, a las veces tan sutiles que corremos el riesgo

de no saber cuál es su verdadera significación y cuáles sus alcances y relaciones con otras disciplinas que le son afines: la Codicología, la Papirología, la Diplomática, la Epigrafía. No, no voy a referirme a nada de esto, sino a ciertos aspectos generales que pondrán de relieve el interés que ofrece el estudio de las antiguas escrituras, no concebidas éstas en abstracto, sino en función del soporte, códice, documento, inscripción en que se nos hayan conservado. Los horizontes de nuestra disciplina se han ido ensanchando considerablemente y no es posible ignorar siquiera a título de definiciones, de nomenclatura específicamente paleográfica, la existencia de una serie de nociones en relación con la escritura, como son su ángulo, su módulo, su peso, su ductus y su morfología, o ya dentro del terreno propiamente codicológico, el empleo en los manuscritos de los reclamos del rayado, la composición de los cuadernos, el plegado del pergamino, la imposición, etc., etc. No sólo los datos suministrados por la morfología literal y por los tipos abreviativos han contribuido al esclarecimiento y corrección de los textos alterados por una deficiente transcripción manuscrita, problema que tuve ocasión de tratar en esta misma tribuna en solemne oportunidad, sino que esos mismos datos son a veces o testimonio único o elocuente síntoma de las relaciones entre sí de las diversas regiones de nuestra Península, o de éstas con comarcas extranjeras en el oscuro período de la alta Edad Media.

Estos y otros aspectos de nuestra disciplina permiten formarse idea del interés que asumen tales estudios y explicarse el número extraordinario de monografías que a ella se consagran dentro y fuera de nuestra Patria.

Varios, que no me equivoco al calificar de fundamentales, se contienen en los dos tomos del presente Homenaje.

Conocemos, por ejemplo, nutrida lista de amanuenses que entre los siglos VIII y XV ejecutaron nuestros códices. Tenemos incluso en un ejemplar insigne del Comentario de Beato de Liébana al Apocalipsis, de la décima centuria, la representación de un «scriptorium», o sea la dependencia del monasterio en la cual se confeccionaban materialmente los libros. Retratos o pretendidos retratos de sus amanuenses —por ejemplo del famoso monje Florencio y de su discípulo Sancho, autores de la insigne Biblia de San Isidoro de León— no nos faltan. Sabemos también de sus afanes, de sus preocupaciones, de su abnegación, de la pasión por su trabajo, del temor a verlo deteriorarse, cuando al término de su tarea, después de compararse al marino que tras larga travesía llega por fin al ansiado puerto, pondera el esfuerzo que conlleva una prolongada escritura y suplica al lector

que mantenga sus pecadoras manos alejadas de las páginas, a fin de que tantos sacrificios no se malogren.

Los colofones, en los que constan los anteriores datos, nos proporcionan una imagen de las actividades de tantos abnegados calígrafos que salvaron para nosotros los tesoros literarios de la antigüedad y de la Edad Media; esto es sin duda notable, pero no le cede en interés tropezar en el transcurso de una árida investigación con el rasgo, el acento humanos, que o saltan de pronto del monótono formalismo epigráfico, o brotan de los puntos de la pluma de algún oscuro y desconocido glosador. Y así, ora es una mano ignorada la que condena en cierto grafito pompeyando al incapaz de guardar al ausente la fidelidad que requiere el amor («pereat qui nescit amare distanti»), ora es un comentarista anónimo del texto de Frontón en un manuscrito del Vaticano, quien se arroja a definir en unos renglones cuya escritura es como anticipo y preludio de la que posteriormente habrá de florecer como consecuencia del renacimiento carolingio, quien se arroja digo a definir delicadamente lo que es objeto de la pasión amorosa, con estas palabras: «quod amatur» (lo que se ama) «est quod lux serena» (como luz serena), «quod dies festus» (como día festivo), «quod spes propinqua» (como esperanza cercana), «quod votum impetratum» (como deseo anhelante), «quod gaudium integrum» (como alegría plena)¹.

Para los pioneros de una ciencia es factor importante la conjunción desinteresada de quienes sienten por ella análogas preocupaciones. Puesta la mira en el objetivo que aspiramos a alcanzar, no debe arredrarnos el temor de que el estudio prolongado acorte nuestra existencia, pues el padre maestro fray Benito Jerónimo Feijoo, ya se esforzó en demostrar en uno de los más notables discursos de su *Teatro Crítico*, al cual tituló «Panegírico de la profesión literaria» que la idea contraria no pasaba de ser un error común originado de falta de reflexión, puesto que en su sentir, el ejercicio literario, siendo conforme al genio y no excediendo en el modo, tiene más de dulzura que de fatiga. «¿Qué cosa más dulce hay —añade— que estar tratando todos los días con los hombres más racionales y sabios que tuviesen los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si

¹ En el original de la disertación de D. Agustín hay lógicamente algunas rectificaciones del texto, e incluso algunos párrafos suprimidos, pero perfectamente legibles, como el intercalado aquí: «A las investigaciones paleográficas, repito, he consagrado y sigo dedicando lo mejor de mi actividad a lo largo de tantos años; nada he descubierto pero me satisfago con que el esfuerzo puesto en coordinar noticias o en esclarecer problemas a la luz de los trabajos de tantos especialistas españoles y extranjeros haya cristalizado en resultados útiles, por modestos que sean».

un hombre muy discreto y de algunas singulares noticias nos da tanto placer con su conversación, ¿cuánto mayor le darán tantos como se encuentran en una biblioteca?»

Por otra parte, si esa colaboración a que hace un momento aludía ha de dar fruto, preciso es habituarse a recibir con serenidad de espíritu lo mismo el elogio que la crítica adversa, siempre que ésta sea razonable y desapasionada, ya que tal actitud será trasunto de la modestia de nuestros intentos.

Mucho me he esforzado en mantener esta línea de conducta a lo largo de mi vida. De haberlo logrado, me sentiría tres y cuatro veces feliz, «terque quaterque beatus», como los héroes troyanos celebrados por Virgilio.

Ahora, amigos míos, sí termino; doy de nuevo a todos las más sinceras gracias, y les aseguro que tantas bondades, tantas muestras de afecto y tantas pruebas de generosidad para con mi persona, las llevaré de por vida grabadas en lo más profundo de mi alma.

Señores.